

## LA CONVERSACION COMO METODO DE CONOCIMIENTO

Por ABEL NARANJO VILLEGAS

Uno de los más alarmantes signos de empobrecimiento espiritual y decadencia social es el de la extinción del diálogo.

No ha sido propiamente a través del libro, ni siquiera de la oratoria como se ha difundido el tesoro de cultura de las sociedades de occidente, particularmente de la española, sino a través del diálogo. Todas las ideas, los sentimientos, las estimaciones artísticas, los conceptos sobre la vida y los hombres, hasta el calor de las pasiones se han comunicado de unos hombres a otros a través de la conversación. Es ella el más propicio de los sistemas inventados para bruñir esa personalidad característica de los seres superiores ya que el hombre es por antonomasia el ser que dialoga.

La conversación es el medio natural y obvio en que los hombres se reconocen y se educan. Ni el libro, ni el periódico, ni el foro pueden establecer aquella cordialidad que colma de bote en bote el recinto donde se dialoga. La conversación produce ese contacto misterioso de las almas activas, promueve aquella ebullición calurosa que forja las palabras, les da contornos exactos a los conceptos, y traspasa el aire con la saeta fulgurante. Leyendo, escuchando, no hay ese contacto de almas activas sino la sumisión pasiva a un sólo ser en eferescencia. Eso es lo que muchas veces "nos quita la soledad sin darnos la compañía".

Desde la remota vida griega, semillero de nuestra civilización, el diálogo tuvo el rango de método filosófico. Platón mismo fundó su sabiduría en ese método que sus discípulos recogieron en El Banquete. Al brillo de sus diálogos y de sus pláticas en los mercados abiertos de Atenas debió la expansión maravillosa de sus ideas y ese fue también el secreto de las primeras comunidades cristianas para difundir las ideas redentoras del Evangelio de Cristo en el Lacio y en el Asia Menor. Hay quienes atribuyen al contacto apostólico con las gentes del Lacio la rápida difusión del cristianismo, porque aquel pueblo era un conversador extraordinario. De casa en casa, de una plaza a otra pla-

za, volaban los gérmenes divinos de la enseñanza de Cristo en las mil lenguas encendidas por la palabra de los discípulos. Las máximas de las bienaventuranzas surcaron después los mares en las barcas pesqueras y engancharon en puertos lejanos mezcladas rudamente en las transacciones mercantiles y traducidas toscamente por mercaderes a idiomas extraños.

Aquellos graves filósofos griegos implantaron el ambiente del diálogo en forma tan dilatada que pudieron decir de Atenas que era una Universidad y que quien cruzara por ella mantendría ya perpetuamente su signo de refinamiento y de superioridad silenciosa. Los pueblos asiáticos, sumidos en ese silencio impenetrable a que los contrae su religión, han sido sordos a la incitación de la palabra. Su sabiduría es realmente un tesoro de meditación pero es un tesoro escondido con avaricia, reacio a subir hasta la frágil quilla de la palabra, corriente fluvial que mueve inquietamente sus oleajes y baña todos los entendimientos. En cambio, Europa ha vivido en una perpetua emulación del diálogo. Puede afirmarse que cuando el diálogo ha fracasado han triunfado los armamentos. Cuando se cierran los labios de los estadistas se abren las bocas de las ametralladoras y un igneo horizonte inunda el tibio ambiente de los interlocutores.

Los grandes salones de París, de Roma, de Madrid, de Londres, de Moscú, fueron famosos en el siglo pasado porque se sentía en ellos que el diálogo había alcanzado la cumbre de su prestigio. Y esos grandes salones no eran sino el arquetipo de lo que ocurría en lugares más modestos. En las oficinas públicas, en las mansiones domésticas, en los muelles, en la cabaña remota. A la luz resplandeciente o lánguida de la chimenea familiar, se reunían los vecinos a ciertas horas del día y con las brazas y las bujías de cera se encendía también el diálogo. En la novela y en las crónicas se reconoce que toda la sabiduría de aquellos hombres y mujeres no se había ascendido en los libros sólomente sino en el diálogo. Los escritores más fáciles, con una prosa más ágil, aquellos que escriben fácilmente las concepciones más difíciles, fueron siempre asiduos a aquellas tertulias famosas. Al contacto con los ingenios mundanos afilaban sus metales para la novela y el ensayo y transmitían más dócilmente las ideas que los pensadores recolectos, aislados de aquel comercio fecundo.

La presencia corporal del que habla y escucha al mismo tiempo; aquella gimnasia insustituible de emitir una idea, una imagen, un sentimiento, decorosamente vestido con las palabras precisas, mientras se pastorea el gesto de los que escuchan y se calculan los vocablos que van a emitir, los reparos, las insinuaciones, no puede cumplirse sino en compañía. No puede pensarse a un lector o a un pasivo oyente acuciado por aquella gimnasia interior que mantiene vivo el espíritu, dispuesto a punzar también el aire con su palabra. Y ésta tensión agiliza la mente, perfecciona las ideas y los sentimientos, ascendra el gesto y el ademán, afinando alma y cuerpo a un mismo tiempo.

Y porque el que conversa no es lo mismo que el que habla es por lo que su secreto seduce como un signo de la refinada educación y del respeto a los semejantes. El decoro en la posición, en el ademán

y en el gesto, sugieren inmediatamente la idea de que el que conversa escucha. Que se reconoce como un instrumento de una divinidad superior y que ese golpe de la palabra suave realiza el milagro de la vara de Moisés, desatando también las aguas del interlocutor. Es una manera de otorgar dignidad a lo que viene en la palabra del prójimo, un rito devoto a la dignidad del espíritu que se consume sin avaricia. Ese espectáculo que reúne y pone en forma todos los sentidos lleva sobre todos los demás el signo de su brillo y de su eficacia en la fecundación de las almas. En la conversación están alertas los sentidos en su totalidad y esa actividad suya se advierte hasta en el aspecto físico. Detrás del matorral de los sentidos asecha el espíritu como un galgo inquieto oteando su botín. Por eso cuando vemos un corrillo no necesitamos oír para saber si se conversa o se escucha a quien tiene un público sumiso a sus labios. Basta la sensación visual, el físico aspecto de los cuerpos para descubrir detrás de ellos la peripecia de los espíritus.

No hay, pues, que creer en que el diálogo es sólo privilegio de los sabios. La conversación tiene planos arquitectónicos que van desde el sótano hasta los rascacielos, según la vida que todos exhiben y el mundo en que se mueven los dialogantes. Pero en todos ellos es susceptible el pulimento y la brillantez, cuando la gracia es como un esmalte capaz de bañar hasta los materiales refractarios. Por humilde que sea un tema, por modesta que sea una idea, por pobre que sea una situación, es susceptible de ser bruñida en el estuche de la palabra cuando ella no es excesiva ni malsana y cuando puede ser glosada con ingenio y levantarse cada vez más y más a la esfera de la sensibilidad superior. La atención con que se escucha una opinión, la finura con que se combate o se elude cuando no viene al caso, la palabra certera para rubricarla, aceptarla o descartarla es elemento esencial para la respiración del diálogo. Y es, además, el oxígeno que nos revela que el que está hablando espera también de nosotros alguna opinión porque cree en la dignidad de lo que podemos decir. El que monopoliza la palabra, sin dejar espacio para que penetre la del vecino, es como si retuviera el oxígeno y quisiera ahogarnos porque, o no tiene interés en lo que decimos o tiene miedo a ser vencido. Por eso no es ciertamente un signo de buena educación el engreimiento en nuestras propias opiniones y palabras, ni revela penetración en el problema quien no tiene habilidad para que se destrence el diálogo y se pueda debatir en los estuarios del ingenio.

Este buen gusto que nos mantiene la curiosidad vigilante para ver cómo reaccionan ante las ideas los demás es el condimento natural de una conversación. Porque en el intercambio cada talento se acuña y condensa en una palabra, en un gesto, en un movimiento. Allí cada uno emite su frase y concentra su experiencia en una palabra que destella sus resplandores y enciende nuevas luces. Cuando la atención es como un fluido que contiene a todos a un mismo nivel espiritual se puede tener la fe en el espíritu humano en que jamás, como decía Balzac, "se correrá el peligro de aventurar en el juego vuestro oro contra monedas de cobre". "Los secretos bien revelados, las charlas ligeras y profundas, ondean, giran y cambian de aspecto y de color a cada frase.

Las críticas vivas y los relatos rápidos se encadenan unos a otros. Todos los ojos escuchan, los gestos interrogan y la fisonomía responde”.

El español, y por lo tanto, el hispanoamericano, tiene infinitos medios en las claves innumerables del idioma para el enriquecimiento de la conversación. Más ascenderado el francés, más musical el italiano y más riguroso el inglés, el español tiene una topografía facial mucho más expresiva, en la que todos los músculos intervienen para aprisionar la palabra. Con una lengua mucho más rica, hemos venido reduciendo el vocabulario hasta diminutas fronteras y seguramente se debe al empobrecimiento del diálogo. Los lingüistas e investigadores calcular que en los últimos lustros hemos confinado a extramuros del diálogo quinientas mil palabras, y estamos en trance de provocar ya una peligrosa erosión del idioma. El desuso de las palabras va amontonando sobre ellas como un moho incómodo para que se deslicen con facilidad en el libro, el artículo o la conversación. Su poder de expresividad se va deformando y extinguiendo hasta que hay un momento en que saltan de la cantera del idioma y se pierden en el limbo de los desechos lingüísticos.

Al rededor de ese bien oculto del idioma se estructuran multitud de teorías pero hay que considerar que su ausencia se debe más que todo a que ya no están vivas en el diálogo. Y es a la decadencia de éste último a lo que se debe el fenómeno. Porque las situaciones del hombre no han angostado sus posibilidades sino que, por el contrario, se han ensanchado. El crecimiento de las relaciones sociales que la industrialización ha traído para los hombres, aumenta considerablemente las situaciones susceptibles de ser expresadas con palabras. La prueba de ello es el enriquecimiento de la novela como género literario, hoy en su más brillante apogeo. Y la multiplicación de éste género de la novela resulta así como una respuesta a la cerrazón del diálogo. Parece que la angustia y el afán de estas situaciones le hicieran cerrar los oídos y la boca a los hombres y quienes tienen sensibilidad y expresión para aprehenderlas tienen que recluirse a escribirlas para no perturbar la fingida sordera de la sociedad.

No se trata ya de la ceguedad de los elegantes, de los hombres mal llamados de “mundo”, en quienes se recata con frecuencia la más selecta flor del espíritu. No apunta la decadencia del diálogo a los brillantes salones donde una sociedad refinada se entregaba a los goces del diálogo. Va cubriendo ya territorios más fértiles, aquellos del diálogo directo, de las situaciones concretas y vivaces en donde la inteligencia no es un relato sino una hazaña. Los hombres ya no conversan. Las veladas diplomáticas que fueron el sustituto de aquellas opulentas “soirés” de las monarquías, han reemplazado la conversación por el juego. Después de los saludos protocolarios y de los cumplidos estrictamente oficiales se abandonan las salas sin una palabra de intimidad, de situación personal, apenas con un somero análisis de situaciones abstractas entre los países, de ideas generales sobre política mundial y un estricto cumplido sobre la salud personal o el tiempo. Pero ningún problema personal, ni un juicio que sea capaz de revelar alguna intimidad puede ser emitido sin rasguñar la epidermis de lo que oficialmente se tiene hoy como buen gusto. Los que permanecen tie-

nen desde el principio una mirada subversiva, una actitud conspiradora que no tiene otro desenlace que la fuga clandestina del juego. Así el juego viene a ser también un sustituto de la política, de las ideas generales, algo abstracto para cerrar el paso a la explosión de lo personal y concreto.

Igual suerte van corriendo las tertulias de librería y de café que sirvieron para expandir movimientos literarios y hasta revolucionarios. La institución de la "peña" tan entrañablemente española que sirvió de abuela a las tertulias americanas se ha evaporado o languidece en los ambientes del fastidio y la decadencia. Aquellos sitios amaestrados únicamente para conversar se han sustituido por el club, una manera de dañar con licor el aburrimiento y de ponerle cuota a la charla. Y el ajeteo y la velocidad de los oficios modernos van bariendo ya hasta la añeja costumbre de la visita, noble pretexto para dilucidar ideas, tendencias, política y hasta para arruinar la reputación de los vecinos.

No obstante, pues, no haber sabido aprovechar hasta el máximo las posibilidades de la conversación, los españoles tuvieron en ella un recurso tan excelente que hasta los profesores de lenguas extranjeras lo tenían como presupuesto previo para que un idioma extranjero fuera fácilmente asimilado. La capacidad de discusión de los españoles, al trasladarse a otra lengua, facilitaba inmensamente su aprendizaje.

Para la circulación de las ideas es esta una de las peores consecuencias del exterminio del diálogo. En la conversación se maduraban, y adelgazaban y fluían la mayor cantidad de ideas que caían a la circulación común. Quienes no tenían contacto directo con los libros y publicaciones especializadas podían adiestrarse en el manejo de ciertas ideas e imágenes que nunca hubieran sospechado y las aplicaban a menesteres cotidianos. No hay que creer que ese era un homenaje a la superficialidad sino una forma de crear áreas de consumo nuevo para las ideas y las palabras, un sistema de elevar eficaz e insensiblemente el nivel espiritual de las gentes. En los pueblos en donde no se conversa la cultura corre el peligro de acantonarse en personalidades recoletas, sin utilidad práctica para el contorno. En cambio, allí donde se conversa fluye la corriente de la cultura y se reparte por todos los poros de la sociedad, suscitando aquello que los sociólogos presuponen como ambiente esencial para prender la cultura que es la resonancia.

La experiencia personal y la de muchos hombres que ejercen el profesorado indica que hay más vivacidad en el aprendizaje por el contacto directo del expositor con su público. Los profesores sabemos que hay más rendimiento intelectual en el comentario rápido que se suscita al terminar una clase que en la extenuante exposición que el profesor derrama sobre un grupo de embelesados o distraídos estudiantes. La disección del tema se logra mejor en el diálogo, cuando todos pueden punzar con su palabra la cálida anatomía del tema. Los residuos del niño que todos llevamos dormido se incorporan en el aula y tienen deseo de formarle algarabía a los temas, a las ideas y hasta a las palabras del expositor. En cambio, en el contacto personal del que conversa cada uno siente la necesidad de elevarse al plano más

alto, de escoger las palabras más pulcras, alcanzando aquel nivel del señorío que es el único donde la sabiduría circula holgadamente.

Analicemos un poco esta actitud que podremos extender a muchas otras. Cuando voy a clase ejecuto una acción un poco impersonal y abstracta de atender a un compromiso que me he formado de llenar un pénsum para sacar un grado. Acaso no tengo siquiera el compromiso de hablar sino de oír, salvo un sigiloso temor de ser interrogado que me produce malestar en el estómago. Lo que oigo allí no lo he pensado por mi cuenta, aun cuando me agrade extraordinariamente. Mi voluntad de pensar queda licenciada mientras escucho.

Pero si al terminar la exposición hay una mesa adonde puede acceder al profesor y conversar con él hay una ola de espontaneidad que pone automáticamente a funcionar mi personalidad. La acción se origina personalmente y se genera en mi voluntad. Lo que digo respondo de lo que estoy pensando y comprometo mi posición ante las ideas. Me siento personalmente invitado a la mesa donde el gusto, la educación, el refinamiento de cada uno puede seleccionar lo más selecto y allí puede tener la ambición de pensar que un matiz que yo presento modifica la perspectiva que otros tienen sobre una idea, entrañándola a mi propia sensibilidad y hasta olvidándome del origen. Allí es donde la palanca del interlocutor hunde su émbolo y extrae de nuestra profunda intimidad todo lo que ella puede alojar, apropiándose vitalmente las ideas.

Y esto que ocurre con el profesorado ocurre en muchas otras zonas de la actividad intelectual. Parece tan obvio todo esto, después de que los griegos fundaron una cultura que se llamó a sí misma dialéctica, que puede uno sentirse ruborizado por la exaltación de Pero Grullo. Pero frecuentemente lo más obvio es lo que se pierde por un escamoteo curioso de la historia. La disciplina etimológica está construída sobre la naturaleza del olvido ya que los hombres olvidan hasta el origen de las palabras con que se están expresando. Qué tiene, pues, de extraño que nosotros tengamos ahora que hacer una especie de etimología de los usos como son el de la conversación o el saludo.

El hecho de que podamos ya, en cierta manera, hacer etimología de la conversación y de que tengamos que analizar su historia, su influjo y su decadencia, nos indica a un mismo tiempo la riqueza que ella tiene como instrumento social de la cultura y la perspectiva diferente que tomaría el mundo con su desaparición.

Por eso la forma discursiva unipersonal suele ser reemplazada por una de las más bellas formas literarias que es la del diálogo, elevado a los planos superiores por la temática que en ellos se emplea. Desde Platón hasta Paul Valery, cada vez que un gran pensador ha querido buscar una forma accesible para explicar su pensamiento ha acudido a este sistema. Erasmo, Fray Luis de León, Renán, Berkeley, Land, Santayana han dejado mucha parte de su pensamiento expresado en esta forma. Entre nosotros fue don Marco Fidel Suárez un maestro de la forma del diálogo cuando ya su hastío y desencanto político lo llevaron a evocar con ficticios personajes más puros que los reales, los temas diarios que habían contristado su existencia y hasta las re-

flexiones gramaticales que no había tenido tiempo de realizar con sus enemigos.

Consideremos solamente este aspecto radical de la cuestión. El conocimiento del prójimo. Si decimos provisionalmente que la lectura y la audiencia son dos maneras individualistas del conocimiento y que la conversación es su forma social, tendremos una idea aproximada de lo que he querido exponer en estas reflexiones. En la lectura y la audiencia, la vista y el oído respectivamente, son los sentidos que comunican la realidad con la inteligencia. Los sentidos que son como los embajadores acreditados por la conciencia ante la realidad, tienen también su grado de poder y de jerarquía. Recordemos que los sociólogos alemanes han descrito ya la potencia de actividad de cada uno de los sentidos y que ellos nos explican cuál es más potente ante la realidad si la vista o el oído.

Pues bien, en la lectura y la audiencia tenemos un concepto fraccionario del prójimo porque sólo alcanzamos a saber que tiene cuerpo, figura y por analogía directa sobre nosotros mismos, un yo alejado y remoto que lo anima y mueve. Pero ese yo abstracto no me da ningún dato diferente de uno y otro prójimo y desconozco así lo que se me dice con tanta frecuencia de que cada hombre es un mundo por descubrir. Pudiera decirse, aplicando la tesis de un fornido pensador español, que a través de la lectura y la audiencia apenas alcanzamos a descubrir el alma del prójimo, atracando difícilmente en el mí pero sin ahondar hasta el yo. Y es porque a través de esos dos métodos fraccionarios no existe una nota sustancial que es la espontaneidad. Y esta es la que se ofrece instantáneamente en el hombre que con frecuencia usa la conversación. En ella se desborda espontáneamente aquella actividad original que despliega superfluamente la energía preexistente. Ese lujo vital que llamó alguno pone automáticamente en contacto no las entidades abstractas sino los espíritus, aquello profundamente personal que distingue a un hombre de otro.

Ese aspecto de la espontaneidad es esencial para distinguir el acto de conversar de otros actos de estudio y conocimiento. Porque de ella está descartada la fatiga. El que habla para un auditorio sumiso que sigue en el aire tiránicamente el dibujo aéreo de las ideas descansa toda su fuerza en el que ejerce la pintoresca y extenuante tarea de hablar. Y, por su parte, quien habla se dirige a un ser abstracto que se llama el público, con un poco de desdén por la personalidad de cada uno de los que escuchan. "Y luego, aquel terrible abismo que inesperadamente se abrió ante el orador, cuando se encuentra sin la palabra dónde poner el pie y agita los brazos en mortal espaviento, en ese gran abrazo a la atmósfera del periclitado, del que se hunde en el vacío, ademán simbólico de "adiós" a lo existente", como lo expresa plásticamente Ortega y Gasset.

En cambio, el que conversa dirige su palabra a un tu definitivo, con el recurso de apoyarse en su palabra cuando la suya se escapa, requisándole con un tácito permiso sus haberes intelectuales y hasta lexicográficos, con tan gentil ademán que aquello no parece un empréstito sino una cortesía.

La participación del yo a los semejantes es una experiencia diaria que hace que las ideas estén como nonatas mientras no se las ha conversado, inclusive cuando se escriben adquieren una deforme o, por lo menos, una encorsetada manera de presentarse que les suprime la ingenuidad originaria. En cambio, al ponerse en contacto con otro todos hemos sentido que las ideas adquieren las palabras más expresivas, emergen con su clámide originaria y sentimos que ellas han adquirido su forma cálida de penetración en todos los espíritus. Y al desplegarse con la reiteración insistente parece que se completaran llegando hasta su extrema plasticidad. Este fenómeno no puede darse cuando escribimos, dirigiéndonos hacia un anónimo lector al que suponemos no sólo capacitado para entender lo que apenas enunciamos sino para adquirir la temperatura que nosotros le ponemos a esas ideas.

Otro fenómeno interesante es que cuando escribimos ya en cierta manera consignamos para el pasado lo que estamos pensando en presente. Sabemos que ya cuando nos lean aquello será pasado y tendrá que ser referido así porque cronológicamente se dirá que tal cuestión era la que pensábamos cuando escribimos. No así lo que habíamos que tiene la presencia absoluta del presente, del estar siendo, tejido al tiempo fugitivo. Hay, pues, en lo que escribimos una especie de ahorro intelectual, una tácita avaricia que desea dejar el documento público de que fue aquello lo que nosotros entregamos como patrimonio personal al público. La generosidad del que conversa sin restricciones mentales se hace patente porque el mismo ademán indica que no hay la menor sospecha o temor de ser robado por los que escuchan. Se ha dicho, por ejemplo de Wilde, que su mejor obra no fue la escrita sino la que conversó. Todos los contertulios han sido unánimes al afirmar que el oro más fino de su espíritu y de su alma fue el que dilapidó conversando y que las monedas acuñadas en los escritos tienen una ley inferior a la que consumió en las monedas verbales.

Por eso no hay nada más repugnante que la avaricia consentida del hombre de espíritu. Aquel retrainamiento extendido en la época moderna se sabe en ellos al temor de ser robados porque consideraran que son limitados los recursos espirituales que deben dejar protocolizados en el libro o en el artículo. Y muchas veces sería preferible que aquello no fuera escrito sino conversado. Los mil matices que podría adquirir en la conversación se apagan al pasar al lenguaje escrito.

Estos recursos infinitos habitan a quien conversa para extraer hasta los más íntimos jugos del interlocutor. No sólo, pues, lo que sabe sino también lo que quiere, lo que siente, las zonas de la indiferencia o las que están cargadas de vocación. Es decir que, si con la audiencia o la lectura podemos conocer hasta el plano de otra personalidad, es un conocimiento de retrato insuficiente porque a nosotros nos interesa hoy conocer no la geometría del plano sino la del espacio. Ya no nos interesa de las cosas el esquema sino su topografía, aquel conocimiento que nos permite el contacto con todas las zonas y regiones cuyos contornos se oscurecen y se aclaran recíprocamente.

No es esto acaso lo que ocurre cuando el hombre quiere lealmente saber del otro su profunda intimidad, sorprendiendo el alma en



## *La Conversación como Método de Conocimiento*

pleno vuelo? Fijémonos en los otros medios de conocer y veremos inmediatamente las ideas disecadas, tendremos los despojos palpitantes de muchas cosas pero como si se les hubiera extirpado el ala, como dijo alguien. El sacerdocio católico conoce esto a cabalidad porque ha sido fiel a una tradición profunda que es la de la confesión. Y la confesión perfecta es un diálogo, tanto más perfecto cuanto lo sea el confesor. No la vemos en los libros piadosos ya preformada en forma de diálogo para auxiliar al penitente? Y qué es el examen médico? Una conversación. No podríamos esperar un diagnóstico consolador sobre nuestras presunciones de un mal por medio de los tests escritos con que la psicología del viejo cuño pretendió conocer el plano pero no el volumen de las almas. Y cuando la medicina ha abandonado ya también los esquemas y las entidades malsanas para integrarse en la medicina psicosomática que no cree en las enfermedades sino en los enfermos, el examen es, ni más ni menos, una conversación. La etiología es un síntesis realizada con símbolos en los que apuntan las sinuosidades de una conversación. La terapéutica que sigue posteriormente se mueve también en los vericuetos tranquilos o tormentosos del diálogo.

Y esto no es un azar sino que obedece a leyes de lo que hoy se llama con toda legitimidad la razón histórica. Bajo la influencia de la física de Newton, ceñida a realidades físicas aisladas, no estructurales, la psicología y todas las ciencias relativas al hombre asumieron también ese método. Los psicólogos, más bien que integrar el alma humana a sus estructuras espirituales y corporales, redujeron su ciencia a una especie de física del alma, desintegrándola en sus elementos más abstractos.

Hoy las mismas ciencias físicas, a través de la teoría de los cuanta y, de la energía, de la relatividad, nos están enseñando la profunda consistencia que tenía el personalismo cristiano cuando se resistía a fraccionar al hombre y a no considerarlo estructuralmente como un ser vinculado en totalidad al universo, susceptible de salvarse o de condenarse como espíritu.

Antes de que se apague definitivamente en nuestro país este medio de difusión de la cultura, es necesario reaccionar contra su sequía. La cátedra debe convertirse más en diálogo que en conferencia o discurso y toda la organización escolar y universitaria debe atribuir a la conversación y a su estímulo el mayor presupuesto de tiempo. Debemos volver a convencer a las gentes que el diálogo es una de las formas elementales de la urbanidad, un poderoso vehículo de expansión espiritual y una de las más selectas flores del espíritu.

